

CARTA DE DIRECCIÓN ÚNICA. PABLO POSADA VARELA. IN MEMORIAM.

Luis Álvarez FALCÓN

«...El monís de entredoslucos que nos arrojaste dentro,
ven, trágatelo tú también con nosotros.»

Paul Celan.



Hace veinte años, en el año 2003, llegué al Colegio de España de la Cité Internationale Universitaire de París. Por aquel entonces, yo trabajaba en la tesis doctoral que dirigía Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina. Mi intención principal era conocer más a fondo la obra de Marc Richir, al que había conocido por primera vez en el año 1998. Jesús, el que fuera por aquel entonces responsable de la recepción del Colegio, con el que entablé una gran amistad, no tardó en decirme que un joven español, culto y filósofo, andaba por la residencia. Conocido por sus discusiones teóricas y sus diatribas filosóficas, Pablo Posada Varela era el *enfant terrible* de la filosofía en el Colegio de España, entre becarios e investigadores del CNRS, profesores en *séjour* y un amplio elenco de intelectuales, apadrinados todos por Luis Racionero, por aquel entonces director de la institución del Ministerio de Cultura.

No tardé en concertar una cita con este joven filósofo español. En una agradable sala llena de cómodos sofás, en una penumbra de luz cálida, entablamos una larga conversación. Aquel personaje destilaba un entusiasmo inusual, acompañado por un imperativo crítico riguroso y una ácida ironía de vanidosa petulancia. Sin embargo, no tardé en advertir su frágil humanidad y su buen corazón. No era una persona fácil. Su elocuencia, su ceremoniosidad, su refinada

educación de herencia orteguiana y su firme convencimiento le daban un aire de dandy filosófico. Con él era mejor no discutir, parecía tener muy claros sus presupuestos, pero, discutimos. En tan calurosa controversia, yo le confesé mis propios presupuestos teóricos. Venía de la Universidad de Valladolid, discípulo de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, al que Pablo no conocía todavía, heredero de un materialismo filosófico que pronto se convertiría en un materialismo fenomenológico, gracias, entre otros, a Urbina y a Richir. Su discusión giraba, una y otra vez, en torno a la figura de Michel Henry, al que había conocido poco antes de su fallecimiento en Albi. Cometí el error de insistir, en mi urgente necesidad, en el pensamiento de Marc Richir, y en la desconfianza hacia los fenomenólogos de la donación (del ser), y en mis recelos sobre la disolución de la filosofía en teología, tal como ocurría en el caso Marion, y tal como había anunciado Janicaud.

Al día siguiente, tras volver de la Biblioteca Sainte-Geneviève, en el corazón del barrio latino de París, Pablo me esperaba para disculparse, sin motivo alguno, haciendo uso de su delicada educación y de un entrañable sentido de la hospitalidad. Comimos en los jardines del Colegio de España y bebimos un vino dulce que había traído de Aragón, en la maleta que transportaba en el *Palombe bleue*, el tren que unía Bayona y París. Era julio del año 2003 y no volvimos a coincidir. Pablo viajaba a Madrid y yo continuaba leyendo en francés los textos de Marc Richir, antes de viajar a Lovaina para pisar, por primera vez, los archivos Husserl. Un halo de intrigante juventud parecía envolver este encuentro fortuito, sin saber que años más tarde todos los destinos se cruzarían de nuevo, como en una suerte de perverso azar que venía a demostrar que el tiempo no es una línea, sino una red de intencionalidades.

En el año 2008, cinco años después del encuentro en París, me encontraba inmerso en la organización del Coloquio Internacional Merleau-Ponty 1908-2008, que se iba a celebrar en Zaragoza, y que sería un punto de inflexión en la reordenación, refundición, en el sentido metalúrgico, o refundación de la recepción de la filosofía fenomenológica en España. En ese momento, Pelayo García Pérez, miembro de la Sociedad Asturiana de Filosofía, director de EIKASIA, Revista de filosofía, mi amigo, mi compañero y mi confidente y maestro, me habló por primera vez de un tal Pablo; un joven filósofo español, afincado en París, y que tenía una estrecha relación con el pensador belga Marc Richir. Nunca relacioné a Pablo Posada Varela con este nuevo personaje que hacía entrada en nuestra recepción española de una arquitectónica fenomenológica. Tuve que esperar al año 2010, siete años después del encuentro de París, para conocer al alumno de Richir que tan elogiosos comentarios recibía de mis compañeros.

Un año antes, en el 2009, coincidiendo con mi primer viaje a México, a Michoacán, el tal Pablo parecía estar dispuesto a reunirnos a todos en Oviedo, en Asturias, el feudo del Materialismo filosófico.

En el año 2010, convocamos en Oviedo a Marc Richir y a un elenco de pensadores bajo la dirección de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina. El curso “La fenomenología arquitectónica de Marc Richir”, Universidad de Oviedo, Oviedo 2010, fue un hito en la historia de la fenomenología nacional y europea. Richir y su mujer, France, estaban con nosotros, en una estancia de una semana en la que pudimos reordenar nuestros presupuestos, compartir afectos, beber sidra y crear una escuela. La noche previa al inicio del curso, en una sidrería asturiana, me presentaron a Pablo Posada Varela. Mi asombro fue turbador. Hasta ese momento, nunca había sabido nada más de Pablo. Al estrechar su mano, Pablo me dijo: “Tú eres el español del Colegio de España”. El círculo se había completado. Desde ese momento, su presencia fue un catalizador, un fermento donde todo germinaba y fecundaba irremediabilmente. Su rigor, su entusiasmo, su audacia y un sentido primitivo y originario de la filosofía nos unía, nos convocaba y hacía que pariésemos lestrigones. Esta inmensa deuda ya no tendrá compensación, pero marca un hecho histórico que ha dado sentido a nuestro trabajo, a nuestras investigaciones, a la ampliación en España de la filosofía fenomenológica de hoy.

Desde ese momento, Pablo Posada Varela fue “uno de los nuestros”, el *enfant terrible* que nos convocaba, que nos contagiaba, que nos infundía toda su pasión por la vida y por la filosofía. Terco, como el primer día, estricto y riguroso, elocuente y amable, su compulsión obsesiva por el rigor y la honestidad intelectuales, su irredenta pasión por la Filosofía nos daba respeto, como si en él reconociéramos la antigua autoridad de los personajes históricos, atemporales, ungidos por la creatividad que da orden a las ideas. Pronto supimos que ello conllevaba un precio, y que su singular genialidad se cobraba la estabilidad en el mundo, con el tormento de una pasión desmedida. El desabrimiento se conjugaba con una cierta melancolía romántica de personaje extemporáneo. El precio era alto, pero no había vuelta atrás. Pablo nos uniría a todos.

A partir de este momento, en los encuentros con Richir, y con todos los colegas, en la Rochegiron, al este de los Alpes-de-Haute-Provence, a pie de la Montaña de Lure, en sus monográficos en EIKASIA, Revista de filosofía, en su continuo empeño en la defensa de la fenomenología, en su eterno deambular entre Wuppertal, París y Madrid, en sus numerosas publicaciones, artículos, libros e investigaciones, Pablo Posada Varela se fue curtiendo como un pensador

riguroso, creativo y original. La recepción de la filosofía fenomenológica en España no hubiera sido igual sin su concurso y su afán por devolvernos la novedad, el descubrimiento, la admiración y el entusiasmo. Nunca proporcionamos lo suficiente este impulso renovador y sus consecuencias en la historia de la filosofía española. Tampoco proporcionamos nunca su dolor, su sufrimiento y su libertad.

La historia inacabada de este pensador de altos vuelos queda solidificada en un inmenso legado. Sus colaboraciones con la Association Internationale de Phénoménologie, con los Annales de Phénoménologie, con la Editorial Brumaria y con EIKASIA Ediciones, sus traducciones, sus relaciones con la filosofía europea y latinoamericana, su filiación a la Sociedad Española de Fenomenología (SEFE), y su condición singular de testigo de las profundas transformaciones del pensamiento y de la cultura de su tiempo, hacen de él un testigo privilegiado y una referencia viva de la filosofía hoy.

Sus compañeros, sus amigos, su familia, su amor, reconocemos hoy lo que su historia nos ha legado y lo que la adversidad nos ha robado. A todos ellos, sin nombre ni distinción, los acompañamos en este vagar. Hoy, la muerte de Pablo Posada Varela nos sobreviene como alguna cosa catastrófica de la que no podemos, precisamente, hacer “acontecimiento”. Hay en ella, se podría decir, alguna cosa “inexplicable”, por la que la facticidad deviene desprovista de sentido. Hay como un déficit de receptividad o de acogida de la facticidad por exceso, sin duda, de pasividad de un ser-pudo que parece movilizar todos los recursos de la existencia, y por eso, del pensamiento.

La amistad evocada no es un recuerdo, de estructura intencional, sino una reminiscencia, una vivencia que, por no haberse consumado, se actualiza reactivada como sentido no intencional que, en rigor, forma parte de un presente ampliado como ruido de fondo, y que, en cuanto tal, constituye el sustrato que da continuidad a la vida.

El 6 de agosto del 2023, veinte años después de nuestro encuentro en el Colegio de España de París, Pablo Posada Varela termina así esta carta de dirección única:

“Un abrazo, querido. Espero que estés bien. Preparo un número en Eikasía sobre estética. Si te apetece, puedes pasarme una contribución. Abrazos y gracias por todo lo que haces. Me gustaría mucho que me invitaras a dar algún seminario sobre Richir en Zaragoza, o en la fundación Mindán. Gracias por

la importantísima labor que haces, fenomenológica, filosófica y de difusión. Mañana mismo iré a ver a Ricardo en Guadarrama, aprovechando que paso unos días en Madrid. Siempre tuyo”.